

Miradas a los Estados Unidos. Historia y contemporaneidad

Jorge Hernández Martínez

Profesor e investigador. Universidad de La Habana.

Sería un lugar común constatar que los Estados Unidos constituyen un objeto de atención descolante entre las miradas que se dirigen, desde cualquier parte, a los numerosos países del planeta, a lo que representan en términos simbólicos, y a los procesos que en ellos tienen lugar. También lo sería reconocer que el comentario frecuente que provocan como fuente de discusión —a menudo acalorada, entre la admiración y el rechazo, la certeza y el error—, conlleva, en buena parte de los casos, una apariencia de conocimiento profundo o especializado en el tema, o que se trata de un asunto cuya envergadura permite tratarlo con un desenfado semejante al que acompaña el no menos intenso intercambio sobre un deporte tan popular como la pelota (*base-ball* o beisbol), en el que cada cual tiene una parte de razón y se siente dueño de la verdad. La sociedad cubana es, desde luego, un claro escenario, en el contexto latinoamericano, de esa constatación. No podría ser de otra manera, dada la significación contemporánea de la relación con ese vecino —el enemigo más cercano, aún—, junto al carácter histórico de un prolongado conflicto, sin cuya referencia no sería comprensible el devenir de la nación y de la Revolución.

De ahí que no por obvios, sean omitibles esos sitios comunes.

Con frecuencia, sin embargo, esa atención permanente adquiere ribetes sobresalientes bajo determinadas circunstancias. Así suele ocurrir en los contextos de elecciones presidenciales en los Estados Unidos, habida cuenta de las expectativas y especulaciones que se levantan —casi siempre en medio de una gran espectacularidad mediática— sobre sus implicaciones globales y bilaterales para los países de América Latina y el Caribe. Por muchas razones, cuyo análisis escapa a los propósitos de este ensayo, sucedió así, una vez más, con los comicios de 2008.

Es generalizado el criterio de que esa sociedad reclamaba cambios tanto en el orden objetivo como en el subjetivo. El cansancio acumulado, la crisis de confianza, el deterioro moral, el agotamiento del proyecto conservador, los reveses económicos, el desencanto ciudadano, el clima psicológico de incertidumbre y temor, la ineficacia de la política exterior, la creciente impopularidad del presidente George W. Bush, las críticas al desempeño de los republicanos, configuraban un cuadro de desgaste que

el candidato demócrata capitalizó desde temprano durante el desarrollo de la campaña, codificándolo bajo un discurso y una consigna a favor del cambio. El transcurso de los cien primeros días de la nueva Administración muestra un panorama contradictorio, que combina pasos y límites, en un andar cauteloso, donde el mencionado discurso procura acercarse al devenir de los hechos. No obstante, entre la retórica y la realidad se advierte una brecha, visible sobre todo en el tratamiento de temas internacionales, como los conflictos en Iraq, Afganistán y Cuba.

Como lo ha resumido el sociólogo Marco A. Gandasegui,

el triunfo electoral de Barack Obama en la contienda presidencial de los Estados Unidos, tiene un significado muy importante para los diferentes sectores sociales que conforman el pueblo norteamericano, la élite dominante de ese país y para el mundo entero. Destacaría tres significados: En primer lugar, a partir de enero de 2009, la política exterior de Obama, sin cambiar los objetivos estratégicos de los Estados Unidos, descartará las iniciativas de los halcones militaristas e irresponsables del actual presidente Bush. En segundo lugar, el gobierno en Washington desarrollará un plan que garantice la recuperación de su economía, echando a los neoliberales mediocres de los pasillos del poder [...] En tercer lugar, la presidencia de Obama tendrá un impacto cultural que implicará enormes transformaciones en los Estados Unidos. El solo hecho que llegue a la Casa Blanca un afronorteamericano cuestiona la hegemonía del tipo ideal «anglosajón» (incluyendo la variante escocesa y holandesa) que proyecta una imagen fuerte en la tradición política norteamericana.¹

Sobre esa base, han surgido diversas interrogantes. Algunas de ellas conducen la reflexión por un camino analítico que recuerda el contexto en el cual la sociedad estadounidense parecía abocarse a una suerte de callejón sin salida, hacia finales de la década de los 70, cuando era sacudida por los efectos entrelazados de varios estremecimientos, que conmocionaban todo el tejido socioeconómico, el entramado ideológico, la política doméstica, la proyección internacional y el consenso fraguado desde los tiempos del conocido «nuevo trato», que como recurso ante la crisis de los años de la gran depresión, estableció el presidente Franklin D. Roosevelt. En aquella circunstancia, la Administración demócrata de James Carter despertó, en su comienzo, gran expectativa de cambios, si bien terminó con el estancamiento de una política frustrada que no garantizaba el logro de los intereses nacionales de los Estados Unidos. Su imagen simbolizaba la incapacidad de garantizar la solidez económica del país, la autoestima de los norteamericanos, junto a una debilidad partidista y gubernamental, lo que propiciaba una crisis de hegemonía; esta reclamaba un viraje que permitiese restaurar las heridas materiales y morales que había sufrido el imperio.

Con ello, la emergencia de una pujante coalición conservadora en la oposición, que con rapidez desbordaría el seno del Partido Republicano, iba acompañada de un discurso a favor del cambio, que con efectos contagiosos contaminaban el pensamiento académico, las actitudes políticas, los medios de comunicación, la mentalidad religiosa y la cultura popular. La denominada «revolución conservadora», promovida por la doble administración Reagan y proseguida por la de George Bush (padre) encarnó la viabilidad de un cambio que incluyó nuevas políticas económicas, basadas en tesis neoclásicas que extendieron el neoliberalismo, un reavivamiento del militarismo, la agresividad en la política exterior global y el espíritu de cruzada anticomunista, colocando la proyección hacia los que consideraban «casos críticos», en los mejores enfoques de la vieja Guerra fría. Más allá del relativo paréntesis que significó el repetido mandato de William Clinton (en el inicio del cual renacieron ilusiones de cambios significativos, frustradas con rapidez), y de la profundización de la hostilidad durante los dos períodos con Bush (hijo) en la Casa Blanca, el gobierno de Obama inaugura una nueva etapa.

La profundidad y trascendencia de esta están actualmente bajo el lente de analistas e investigadores. Entre otras cosas, estaría por verse si se trata de un efectivo, pero relativo punto de inflexión en la historia norteamericana, enmarcado en las tendencias cíclicas identificadas a lo largo de su devenir, o si representa una ruptura con las pautas establecidas y constituye un viraje novedoso, sin precedentes. Tal esclarecimiento escapa, sin embargo, a los propósitos del presente ensayo, cuya intención es mucho más limitada y se acoge al criterio del historiador Pedro Pablo Rodríguez, según el cual «el pasado debe ser visto a través del presente; y ese razonamiento implica también que el presente debe ser visto a través de su propio pasado. Esa dialéctica del conocimiento es quizás la clave de la importancia del análisis sociológico y de los estudios históricos».²

Así, teniendo en cuenta la complejidad de la situación actual, unida a la necesidad de comprenderla como parte de una secuencia histórica única, las siguientes notas pretenden alcanzar un doble objetivo: mirar la historia de los Estados Unidos a la luz del presente, al mismo tiempo que utilizar el conocimiento del pasado para iluminar la comprensión de la actualidad. De ahí que se propongan retener ciertas claves metodológicas e históricas que permitan penetrar en el estudio de la sociedad norteamericana contemporánea, mediante una incursión por momentos y procesos precedentes, que enfatizan el lugar y el papel de la cultura política, sin cuya ponderación la visión sobre la realidad estadounidense puede resultar parcial, limitada y hasta errónea.³ En ese empeño, cobran renovada vigencia,

desde la segunda mitad del siglo xx, miradas de autores como G. William Domhoff, Arnold Rose, Charles Wright Mills, Richard Barnett, Robert Heilbroner, Seymour Martin Lipset, Louis Hartz, Richard Hofstadter, Arthur M. Schlesinger, desde los ámbitos de la sociología, ciencia política, historiografía, economía. A ellas se unen las que desde los finales de dicha centuria, y hasta los comienzos de la presente, ganan espacio en las ciencias sociales y, en general, en el pensamiento crítico, como Howard Zinn, Gore Vidal, Edward Said, entre otros. De cierta manera, el contrapunto que establecen sus reflexiones troquelan el enfoque y la agenda de muchos análisis, que conforman una suerte de útil caleidoscopio, cuando se mira a los Estados Unidos.

Percepciones y realidades: la sociedad norteamericana en el siglo xxi

En sus esfuerzos dirigidos a la comprensión de la sociedad norteamericana, Wright Mills dirigió su mirada hacia la complejidad estructural y funcional de la vida política y las interpretaciones que, desde el conocimiento sociológico, pretendían arrojar luz sobre ella, advirtiendo contra las tentaciones intelectuales del «empirismo abstracto», por un lado, y de la «gran teoría», por el otro. En sus obras sometió a escrutinio tanto el proceso político como el contexto social en que se desarrollaba y las corrientes de pensamiento prevalecientes en los estudios al respecto en los Estados Unidos.⁴ Exponente de una ciencia social crítica y comprometida con los imperativos éticos del investigador honesto, más allá de limitaciones conceptuales o metodológicas, Mills contribuyó a estimular una tradición de acuciosa búsqueda de evidencias empíricas que desmitificaran las visiones apologeticas y complacientes de una nación polarizada, excluyente y opresiva, con el mérito de destacar el estado —bastante generalizado— de falsa conciencia existente en la sociedad norteamericana. Su obra no dejaba dudas acerca del criterio de que en una sociedad de clases, las ciencias sociales poseen un elevado coeficiente ideológico, descartando así el afán objetivista del positivismo comtiano y la pretensión de neutralidad que proponía el comprensivismo weberiano, como vertientes que lideraban aún, bajo nuevas expresiones, el universo sociológico a mediados del siglo xx.

Como lo sugería Mills —cuya manera de asumir el papel de sociólogo y su activismo militante lo denotan como un intelectual orgánico, según la precisión gramsciana—, la «promesa» que tenía ante sí el pensamiento crítico comprometía a las ciencias sociales con el empeño de ampliar la conciencia colectiva,

mostrando esa conexión entre lo que calificó como «la biografía» y la historia; o sea, sobre la forma en que la vida cotidiana (incluida la esfera de las relaciones personales) era afectada por los grandes movimientos sociales de nuestra época. Con razón se ha expresado que este autor «esperaba que con esa mayor conciencia pudiéramos resistir con mayor efectividad las presiones organizadas que pesan sobre nosotros y también ejercer con mayor efectividad una influencia humana y no someterse al impulso aparentemente incontrolado de los acontecimientos».⁵

Está claro que el dinamismo de los Estados Unidos, tanto interno como externo, se ubica como uno de primerísimo orden, entre los factores que han tenido mayor impacto y trascendencia en la situación mundial y en la vida común a lo largo y ancho de la sociedad contemporánea, dada su condición de país líder del sistema capitalista de relaciones internacionales y, sobre todo, a partir de la connotación que el imperialismo asume allí, con todos los rasgos y tendencias que lo denotan como fenómeno integral. Como se sabe, el siglo xx finaliza en buena medida bajo el condicionamiento de los procesos económicos, políticos, militares y culturales que la proyección exterior norteamericana irradia e impone en el acontecer mundial. Tanto por su efecto directo y explícito como por su consecuencia indirecta e implícita, lo que pareciera ser el «impulso incontrolado de los acontecimientos» que acompaña la conducta imperialista de los Estados Unidos requiere de la profundización de esa conciencia necesaria de la que hablaba Mills. Bajo esa premisa, cobra sentido el presente análisis.

Con la culminación de la pasada centuria, puede afirmarse que, en sentido general, los Estados Unidos lograron —dentro del panorama mundial, y comparado con el decurso del país en el decenio precedente—, avanzar en el proceso de restauración hegemónica en que se encontraban empeñados desde los 80 y que se extendió algo más de diez años. Los acontecimientos de inicios de la última década del siglo xx marcaron simbólicamente, de modo favorable, un nuevo momento para el imperialismo norteamericano, a pesar de los tropiezos e inconsecuencias del presidente Clinton, al finalizar el período. Al desplome del socialismo como sistema, anticipado en los países de Europa del Este y representado, para muchos, en el derribo del muro de Berlín, unido a la ulterior desintegración de la Unión Soviética, siguió la guerra del Golfo árabe-pérsico, en la que los Estados Unidos hicieron gala de su tecnología bélica y de su maquinaria propagandística. En los años siguientes, la consolidación del poderío militar y mediático norteamericano, junto a una relativa recuperación económica, una vigorización del consenso político interno y una redefinición de las relaciones de

concertación y alianza con los aliados imperialistas, condujo a una superación de la crisis hegemónica que enfrentaban los Estados Unidos desde fines de la década de los 70.

Aun cuando tal proceso no pueda asumirse con una connotación absoluta, sino caracterizado por contradicciones y reacomodos, ese país arribó al siglo XXI con una hegemonía internacional renovada en un mundo unipolar desde el punto de vista político, y con rasgos multipolares en el orden económico, definido por la globalización neoliberal. En ese marco general tiene lugar en la sociedad norteamericana el escandaloso proceso electoral del año 2000, cuando se establece la administración de George W. Bush, ocurren los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001, y se despliega la beligerante ofensiva internacional de los Estados Unidos —a través de su presunta lucha contra el terrorismo, del nuevo enfoque de la política exterior militarista, denominada «guerra preventiva», que conduce primero a la invasión en Afganistán, y después a la prolongada guerra en Iraq. Con ese telón de fondo, se llevan a cabo, en 2004, las elecciones presidenciales, como resultado de las cuales se mantiene a Bush en la Casa Blanca por un segundo período, con mayor turbulencia y conflicto en las relaciones internacionales. El escenario en el que se despliega el proceso electoral que culmina en noviembre de 2008 con la victoria de Obama y el retorno del partido demócrata a la presidencia, según ya se argumentaba, se ubica en ese contexto.

Desde que el siglo XX se acercaba a su fin, las ciencias sociales, y en particular la historia, dedicaban atención a los procesos que —con el simbolismo que se les atribuye a esas circunstancias, como expresión de un cambio de época, de una transición en el sistema internacional, de transformaciones cualitativas en la economía mundial, la ciencia y la cultura de la sociedad contemporánea— parecían afirmarse durante su último decenio. Intelectuales como Eric Hobsbawm, Paul Kennedy, Giovanni Arrighi, por ejemplo, reflexionaron a través de obras antológicas que de inmediato se convirtieron en puntos de referencia casi inevitables en el debate historiográfico y las perspectivas que afloraron en la sociología, la ciencia política, la teoría de las relaciones internacionales y otras disciplinas afines.⁶ La discusión acerca de si había sido un siglo corto o largo, de los hitos que marcaban su culminación e iniciaban el comienzo de la nueva centuria (coincidente con la apertura de otro milenio) adquieren carta de ciudadanía en la agenda de las ciencias sociales al terminar la década de los 80 y a lo largo de los años de 1990, bajo una fuerte polémica político-ideológica que desborda las cuestiones teórico-filosóficas, la epistemología y la inquietud cosmovisiva. La apelación a esfuerzos

historiográficos como los de Arthur M. Schlesinger (hijo) no resultaron fecundos, toda vez que la realidad se resistía a su encuadramiento dentro de los ciclos de la historia norteamericana propuestos como categorías interpretativas.⁷ El análisis sobre el supuesto fin de la historia —que se entrelazaba con la reanimación de las ideas acerca del fin de las ideologías, del progreso, de la modernidad—, llevaba consigo la certeza de la culminación de la Guerra fría y el surgimiento o renovación de percepciones basadas en el irracionalismo filosófico, el subjetivismo gnoseológico, el relativismo histórico, el liberalismo económico, y el conservadurismo político. La denominada crisis de paradigmas implicada equivalía a reconocer el agotamiento e incapacidad de aquellas maneras más humanas, arraigadas desde las revoluciones burguesas, como modelos explicativos del progreso.

Partiendo de argumentos como los esgrimidos por el «pensamiento único», autores como Francis Fukuyama pretendían dar cuenta de la crisis del socialismo real y afirmaban el triunfo histórico del capitalismo, en tanto aparecían construcciones, como las de Samuel P. Huntington, que a partir de la convicción en el «choque de civilizaciones» subestimaban el significado de las contradicciones económicas y luchas políticas, al colocar en el primer plano los conflictos religiosos, las pugnas raciales y étnicas, junto a los extremismos nacionales. Un autor como Jorge Castañeda se apresuraba, en ese contexto, a certificar la defunción de las utopías, de los movimientos de izquierda, y de las revoluciones en América Latina.⁸

Como es lógico, las formas de aprehensión de esa compleja, cambiante y contradictoria realidad internacional se diferencian entre sí, en consonancia con la matriz teórica y el compromiso clasista que se asuma, con conciencia plena o sin ella. Aunque las transformaciones en el período citado propiciaban la discusión sobre la crisis del marxismo —en tanto correlato intelectual que expresaba la crisis del socialismo real en los países de Europa del Este y la Unión Soviética—, y el posmodernismo se presentaba con mejores credenciales al sostener argumentaciones como las que afirmaban la fragmentación, o los enfoques neoliberales que situaban como foco la interdependencia —al estilo de Joseph Nye y Robert Keohane—, concepciones de inspiración marxista, como las de Immanuel Wallerstein, referidas al sistema-mundo, adquirían similar relieve.⁹ Quizás lo más gráfico de esos esfuerzos intelectuales se halle en *Empire*, el voluminoso libro de Antonio Negri y Michael Hardt, y en la polémica que —sobre todo a partir de la aguda disección de que este es objeto por Atilio Borón— se extiende en las ciencias sociales, donde cobra cuerpo

Cuando se mira a los Estados Unidos desde el siglo XXI, la situación actual (¿y la futura?), recrea dicotomías semejantes a las que en otra época se manifestaban en la coexistencia de antinomias, basadas en diferencias entre regiones geográficas (las «dos repúblicas») o entre visiones ideológicas (el paradigma democrático amplificado por la propaganda liberal y la cultura política real).

teórico y empírico el estudio sobre el imperialismo norteamericano y su sistema de dominación mundial.¹⁰

En el referido contexto, el siglo XX finaliza, como se sabe, luego de un contradictorio y convulso proceso, con un saldo paradójico para la situación interna y la proyección internacional norteamericana. Junto al desplome del socialismo en Europa del Este y la desintegración de la Unión Soviética, la hegemonía de los Estados Unidos, como ya se mencionaba, mostraba indicios de recuperación de la crisis que la removió en el anterior decenio. El poderío militar e ideológico del imperialismo norteamericano exhibía su tremenda capacidad con la Guerra del Golfo, en tanto se fortalecía también su competitividad económica ante el empuje de Japón y los países europeos más desarrollados. A partir de 1991, se estableció, como lugar común en las ciencias sociales, el pensamiento político y los medios de prensa, el comienzo de la nueva etapa en las relaciones internacionales —la llamada Posguerra fría— y se asumía, prácticamente por consenso, la victoria de los Estados Unidos en la contienda que, luego de la Segunda guerra mundial, marcará la geopolítica internacional durante cuarenta años.

A la par, el proceso descrito estaba matizado por una serie de sucesos que, con expresiones muy localizadas en escenarios específicos, poseen también gran importancia. No debe perderse de vista que la entrada de los Estados Unidos al siglo XXI tuvo lugar bajo circunstancias que definen situaciones excepcionales en su historia: reflejaban crisis y llevaban a definiciones que conmovían tanto el sistema político como la sociedad; modificaban los estados de opinión pública y las pautas de actuación exterior de ese país. Entre otros hechos que no podrían omitirse en este repaso, habría que mencionar un suceso trascendente que se despliega desde 1999: el secuestro del niño cubano Elián González. Aunque podría parecer un hecho de escala «microsociológica», circunscrito en su expresión inmediata a un espacio reducido —al nivel del conflicto bilateral con Cuba—, contenía señales de cambio en la sociedad norteamericana, cuyas potencialidades

evidenciaban tendencias subyacentes que podían pasar a la superficie.

Asimismo, se produjo el irregular proceso electoral del año 2000, que se prolongó por varios meses, en medio de una gran conmoción moral e ideológica. De cierto modo, era una especie de símbolo que anunciaba el cambio de centuria. El fin del ya viejo siglo XX iba acompañado de mutaciones vertiginosas y acumuladas en la economía, la tecnología, la política y la vida espiritual. Como parte del proceso de globalización y de su posición dentro del sistema capitalista de relaciones internacionales, los Estados Unidos experimentaban —como también ocurrió al terminar el XIX—, profundos reajustes en la dinámica de su economía, en sus estructuras sociales y en la cultura política. La centralidad de las innovaciones tecnológicas, la denominada revolución en la esfera de las telecomunicaciones y la informática, unidas a cambios en las políticas tradicionales y en las bases electorales de los partidos, a reorientaciones ideológicas y a la acentuación de los rasgos multiculturales y la diversidad étnica, le imprimían al cambio de centuria un colorido semejante al de la terminación del período decimonónico. Ello ocurría, por si fuera poco, en un contexto mundial en el que los Estados Unidos buscaban «nuevos» enemigos. La percepción de una amenaza similar a la que durante la Guerra fría estructuró la política exterior norteamericana y el consenso interno que la respaldaba, en torno a la lucha contra el comunismo, aún no había cristalizado en una codificación alternativa.

Apenas a unos meses de iniciado el siglo XXI, los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 simbolizan el mayor de los traumatismos con el que comienza una centuria, con efectos presumibles de larga duración. Más allá de sus expresiones inmediatas de incertidumbre y temor en la psicología nacional, generaron reacciones en el nivel ideológico e implicaron reajustes políticos y jurídicos que transformaban la institucionalidad del país y se reflejaban en la cultura política.

En rigor, la sociedad estadounidense nunca ha sido la expresión unilateral y arquetípica del liberalismo y la democracia, a pesar de la reiteración con que, desde una perspectiva mitológica, se la suele presentar, desde las reflexiones de Tocqueville, en el decenio de 1830, hasta el punto de que acepta esa visión sin mayores cuestionamientos bajo las codificaciones del conocido «sueño americano». Ese punto de vista se ha extendido por todo el mundo, convirtiéndose en verdad lo que no ha sido sino un estereotipo, sin suficiente contrastación histórica, desconocedora de las particularidades que marcan el proceso fundacional del modo de producción capitalista y de la formación de la nación. Desde la Revolución de independencia hasta el escándalo Watergate, la presencia del conservadurismo en los Estados Unidos estuvo, en todo caso, en un nivel mucho más latente que manifiesto (expresándose, sin embargo, en determinadas condiciones históricas, de modo diáfano y significativo, visible incluso en definiciones de extrema derecha). Lo que propicia —a partir de su ligazón con el legado existente y en medio del fértil terreno que aporta la secuencia de condicionantes económicas, políticas y socioculturales, internas y externas, durante la segunda mitad de los 70, es la catalización de un proceso que adquiere entonces una manifestación creciente, sumamente visible y, por primera vez, a una escala nacional.

Los efectos de la «revolución conservadora» se han mantenido presentes en el acontecer político, ideológico y cultural de la sociedad norteamericana, aun cuando durante el paréntesis que se establece en las dos administraciones demócratas (1992-2000) bajo Clinton, opaca hasta cierto punto su beligerancia. Aunque son muchas las hipótesis y especulaciones acerca de las perspectivas de que el gobierno de Obama retome una era de liberalismo (más o menos tradicional, más o menos novedoso) que lance por la borda el legado del doble período presidencial de Bush (hijo), los hechos no permiten asegurar —al menos, aún— la pérdida de vitalidad del conservadurismo como ideología y como política.

Historia y contemporaneidad: formación social y cultura política

Los Estados Unidos arriban al presente siglo a través de un camino sinuoso, definido por contradicciones de diversa índole. Se trata de un proceso de reacomodo o transición hegemónica que experimenta como país líder del sistema capitalista mundial, con lo cual el imperialismo norteamericano asume características que

lo tornan más agresivo —como reacción y consecuencia—, tanto a nivel interno como internacional.¹¹

De alguna manera, esa situación se ha venido prolongando a lo largo de los últimos veinticinco años, a través de rearticulaciones de la capacidad o condición hegemónica que los caracterizaron después de la Segunda guerra mundial y durante las cuatro décadas del período de Guerra fría.¹² En ese trayecto, constituye un hito o punto de inflexión la crisis que comienzan a enfrentar alrededor de 1980, como colofón de la sumatoria de factores y circunstancias acumulados —dentro y fuera de la sociedad norteamericana— que se entrelazan y tienen un mayor impacto, en la coyuntura electoral de dicho año.

Como resultado de ese proceso, en el que sobresalían los efectos anudados de la década precedente (el escándalo Watergate, la recesión económica de mediados del decenio, la derrota en Viet Nam, junto a procesos de liberación nacional y conflictos que erosionaban su imagen y poderío mundiales), la política norteamericana enfrenta una etapa de crisis en la que procura —a nivel declarativo y factual— recuperar la hegemonía perdida, lo cual se expresa en el afianzamiento de lo que se denominó «revolución conservadora». Dentro de ese contexto se consolida y establece, bajo una nueva institucionalidad, la cultura política que, de forma renovada, se expresa en la actualidad, y que apela a antecedentes y componentes ensamblados en la historia norteamericana, los que propician la profundización de valores, enfoques y decisiones cristalizados en una dimensión ideológica complementaria de los requerimientos de la restauración hegemónica. Salvando distancias lógicas, podría afirmarse que en el esfuerzo que llevan a cabo los Estados Unidos en el siglo XXI al enfrentar los reacomodos de la transición, la cultura política aludida resulta tan funcional como hace más de dos décadas, desde el punto de vista de la legitimidad que le confiere a su agresividad doméstica y exterior. El corolario de la hipótesis implicada es que, en gran medida, esa cultura reproduce los contenidos e instrumentos de aquella de la Guerra fría, más allá de los ajustes en los propósitos y direcciones de la política norteamericana.¹³ Y retoma, una y otra vez, nutrientes encontrados desde el temprano nacimiento de la nación y el desarrollo del capitalismo, asociados a las concepciones del destino manifiesto, el aislacionismo, el expansionismo y la tradición demoliberal, entre otros.

Los Estados Unidos fueron la primera nación moderna, anticipada en su gestación incluso a la sociedad burguesa que nace de la Revolución francesa, un decenio después. La formación de la nación norteamericana que sigue a la revolución de independencia (1776) se funda a partir del conocimiento maduro de la teoría

política más avanzada en su momento. Su surgimiento, empero, se plasma en un matizado entramado sociodemográfico, etnocultural y político-jurídico, donde se distingue la coexistencia, en la práctica, de «dos repúblicas», cuyo desarrollo se extiende desde el decenio de 1780 hasta los años de 1860: una en el Norte, más liberal, pero que entre otras cosas, por ejemplo, negaba el sufragio a los inmigrantes católicos alemanes e irlandeses; y otra en el Sur, muy conservadora, donde prevalecía la esclavitud y el racismo contra la población de origen africano, inspirado en las concepciones elitistas acerca de la superioridad blanca.

Además de ser un país que nació con un régimen político liberal que permanece y se reproduce, los Estados Unidos pueden asumirse al mismo tiempo como una nación que ha conocido, en lo fundamental un solo modo de producción, el capitalista, que desde sus inicios tiende a reproducir, en otro territorio (a partir de las experiencias, de la influencia de las relaciones sociales de producción de que eran portadores, aún sin conciencia de serlo, y del imaginario colectivo que poseían los colonos ingleses), las estructuras de la sociedad británica de procedencia.

Estas afirmaciones no pueden considerarse, desde luego, sin las matizaciones obligadas que exige la propia naturaleza contradictoria y compleja de la realidad histórica. En este sentido, sería simplificadora y errada, por una parte, la visión de los Estados Unidos cual paradigma liberal, desconociendo el hecho de que, si bien el liberalismo solía significar la forma republicana de gobierno y la libertad personal, en ese país existía, en efecto, una república, pero conquistadora y esclavista. Es decir, no debe confundirse la imagen que construye y difunde la propaganda liberal —sobre todo hasta los años 30 del siglo xx— y la cultura política realmente existente en la sociedad norteamericana.

Por otra parte, es imprescindible tener en cuenta que ningún modo de producción se conforma cual fenómeno químicamente puro, sino a través de procesos que, de manera ecléctica o dialéctica, mezclan diversas relaciones sociales de producción. Así, no quedarían fuera del mosaico histórico-concreto que define al capitalismo en los Estados Unidos, como modo de producción, las contradicciones y particularidades que introducen elementos como los inherentes a los tipos de «productores propietarios» (*farmers and mechanics*), y al régimen de esclavitud, consustancial a la economía de plantación que sostenía la producción algodonera en los estados sureños.

En ese proceso histórico, el mercantilismo y el capitalismo inglés trasladaron al ámbito norteamericano un conjunto de prácticas, visiones y concepciones, es decir, una cultura. En cierto modo, la sociedad norteamericana responde a un tipo peculiar de

colonización —diferenciada de la que se afianza en América Latina—, que el historiador Louis Hartz denomina la «sociedad fragmento»; es decir, países nuevos que surgen lejos de la metrópoli, pero fundados a su imagen y semejanza; sociedades que no conocen el proceso de mestizaje, pues apenas tienen relación con los pueblos nativos, al contrario de lo que sucedió en distintos lugares de América Latina como resultado de la conquista y colonización española o portuguesa.¹⁴

Los Estados Unidos vivieron su etapa de gestación y crecimiento como nación lejos de los centros de poder fundamentales en esas etapas; o sea, del mundo eurocéntrico. Cuando se hicieron independientes, en la última parte del siglo xviii, fueron un país que no quedó inmerso en la dinámica de las disputas internacionales, y se consagró al desarrollo de las fuerzas productivas, al avance tecnológico y científico interno, sacando obvia ventaja a las potencias europeas y en particular, a Gran Bretaña, la nación hegemónica en el siglo xix. A la par, siempre han librado sus guerras en territorios ajenos, y han cargado la destrucción bélica a otros países. Por el contrario, han podido reforzar su economía en tiempos de guerra, tener grandes avances industriales y ningún daño en su territorio. De ahí que hasta el 11 de septiembre de 2001 los Estados Unidos disfrutaran, en notable medida, de un alto grado de seguridad interna, en tanto con pocas excepciones —la guerra con Gran Bretaña, en 1814 (en que la capital misma de la nación estuvo asediada), y la guerra civil, entre 1861 y 1865 (donde la crueldad no estuvo ausente)—, los conflictos se libraron fuera de sus fronteras.

Los Estados Unidos no gozan en la actualidad de la posición privilegiada que los caracterizara durante la segunda posguerra, a nivel económico, político, militar, del consenso interno y de las alianzas internacionales, a partir de lo cual la noción de la hegemonía norteamericana era indiscutible.¹⁵ Tampoco se encuentran en una situación como la que alcanzaron a comienzos de la última década del siglo xx, al remontar la crisis del decenio anterior y lograr la recomposición relativa de la hegemonía perdida mediante el enorme poderío militar y mediático que exhibieron en la guerra del Golfo, en un mundo en pleno proceso de reestructuración.

Los acontecimientos del 11 de septiembre propician el despliegue, ampliación y consolidación de una plataforma ideológica. Si bien esta focaliza un «nuevo» enemigo —el terrorismo—, que viene a ocupar el lugar del «comunismo internacional» como eje articulador de la política exterior, retoma elementos de continuidad actuantes en la base de la cultura política norteamericana y que, al mismo tiempo, brindan legitimidad a la política interna.

En los Estados Unidos prevalece un conjunto de percepciones, ideas y doctrinas políticas, constitutivas de una suerte de tronco común, que pueden considerarse manifestaciones y nutrientes de un tejido ideológico, psicológico y cultural. Desde una perspectiva histórica y sociológica, en la cultura política estadounidense contemporánea se siguen reproduciendo muchos de los códigos de la Guerra fría.

Puede ser entendida como el conjunto de valores y convicciones que se expresan desde finales de los años 40 a través de la ideología y la psicología social, marcando a nivel interno y externo una cosmovisión simplificadora de intolerancia, chauvinismo, puritanismo, expansionismo y agresividad que incluso antecede a la Segunda guerra mundial. Desde luego, esto no tiene lugar de manera lineal, masiva, homogénea, sino se conforma a través de un proceso contradictorio de socialización, en el que se mezclan los aparatos ideológicos del Estado.

Es en el caldo de cultivo que va cuajando entre finales de la década de los 70 y comienzos de la siguiente, donde se desarrolla un proceso que (como rechazo a lo que se consideraba excesos de las concepciones y políticas liberales, y portador de propuestas que restablecerían el orden tradicional y superarían las debilidades de los gobiernos demócratas que las habían auspiciado), reactiva las tendencias y organizaciones conservadoras. El movimiento resultante es el que apoya la nominación de Ronald Reagan para las elecciones de 1980 e impulsa la «revolución conservadora», en un esfuerzo por devolverle a la nación la autoestima, recuperar su imagen ante el mundo y reparar las grietas en su sistema de dominación.

El conservadurismo en la sociedad norteamericana actual: ideología y política

Los resultados de las elecciones presidenciales de 1980 en los Estados Unidos fueron valorados por muchos estudiosos como una suerte de giro crucial en su historia política. Lo que se argumentaba, en esencia, era que ello constituía un punto de inflexión, atendiendo básicamente a la viabilidad que había encontrado, en el tablero político nacional, una opción de extrema derecha.

La elección de Reagan representaba el ocaso del proyecto liberal que había servido de patrón al quehacer estatal norteamericano durante cuatro décadas, pero que arrastraba su decadencia desde la segunda mitad de los años 60. La crisis del proyecto nacional rooseveltiano no solo era consecuencia de su incapacidad para lidiar con los agudos problemas de la crisis política y económica o para adaptarse a las

realidades de un mundo cambiante. En medida importante, esto se debía a que las condiciones objetivas en que la coalición había surgido habían variado: organización productiva, distribución regional, sistema urbano, papel de las minorías raciales, poder sindical, etc., eran factores originales del proyecto liberal que en aquel momento no se hacían presentes del mismo modo que en 1929. Por otra parte, en cambio, una nueva coalición de empresarios pequeños y medianos, clase media afluente, agricultores y grupos religiosos, confluía hacia un nuevo modelo, fundado en la ideología conservadora, pero aún incompleto y difuso.

En efecto, si a los pocos años de gobierno de Roosevelt habría sido ya posible hablar de un «bloque histórico» portador no solo de fuerzas sociales mayoritarias, sino también de un proyecto nacional definido, ese rótulo sería claramente excesivo para caracterizar las fuerzas que confluyeron en la elección de Reagan en 1980 y en su reelección en 1984. Esas fuerzas formaron una coalición, ligada por la coincidencia en algunos grandes temas, pero sin un plan acabado, y fue capaz de transformar los términos del debate político norteamericano; aunque no llegó a adquirir, en el corto plazo, la consistencia suficiente para perdurar como bloque —e incluso parece haber perdido presencia y pujanza con los años—, es cierto que lo que semejaba un fenómeno de difusión ideológica o volatilidad política a la luz de la mayor parte de la última década del siglo xx, cuando la doble administración Clinton, desde el siglo xxi expresa la capacidad de proyectar una visión de la nación norteamericana, en el presente y con una proyección al futuro. Si el período conservador de los 80 hubiese sido efímero, se hubiese mantenido mientras durase la popularidad de Reagan. Como se aprecia actualmente, se trata de un fenómeno que dejó su huella en la sociedad, y luego de una etapa de latencia, se hace de nuevo manifiesto.

Para no pocos estudiosos, el proyecto del conservadurismo se concebía como un fenómeno fragmentado e inconcluso que tropezaba con grandes resistencias en importantes sectores de la sociedad, a nivel subjetivo, y encontraba obstáculos objetivos de significación. Se desconocía así que desde hace una veintena de años ya se advertía una suerte de cosecha cultural que iluminaba el ulterior sendero ideológico en ese país. La tónica que define al proceso político en los Estados Unidos, al comienzo del presente siglo, revela la viabilidad de las definiciones políticas de los principales exponentes del conservadurismo y su interrelación con los cambios ocurridos en la nación. A pesar de que no tuvo la profundidad deseada por los conservadores o el sentido esperado por los liberales, puede definirse la administración Reagan como un proceso de

transición, de transformación económica, política y social, aun cuando representara un retroceso desde el punto de vista de los valores y acciones de carácter reaccionario que auspició. Sobre esa base, se consideró incluso que esa sociedad se hallaba en un cierto proceso de «fascistización» amistosa, al alejarse cada vez más de sus tradiciones democráticas e incorporar prácticas autoritarias.¹⁶

A partir de lo expuesto, los procesos que tienen lugar en la sociedad norteamericana a partir de la década de los 80 aportan claves para comprender el dinamismo ulterior que la conmueve. Siguiendo a William Schneider, convendría subrayar que el proceso político-ideológico iniciado con la administración Reagan (que no debiera concebirse como un fenómeno subjetivo coyuntural, expresión voluntarista de un sector de poder, sino como el resultado de una acumulación de tensiones y contradicciones objetivas), posee una trascendencia que más allá de estremecer la sociedad, la economía y la política norteamericanas de entonces, permanece en la vida nacional y deja huellas relevantes a nivel espiritual. Es decir, se trata de un proceso que influye en el contexto político-ideológico y cultural de la sociedad estadounidense, al reestructurar concepciones y prácticas tradicionales e imponer nuevos marcos de referencia. Según lo constataba Gore Vidal —haciendo suyas las tesis del historiador Charles A. Beard—, en dicho decenio cristaliza un cambio cualitativo que, en su opinión, trastoca el sentido de la democracia en ese país, como se la concebía y presentaba dentro y fuera de él, tal una verdad que, como regla, no se cuestionaba, y que constituye lo que califica como el paso de «la vieja república al Estado de seguridad nacional».¹⁷ Según este punto de vista, se opera una suerte de transición ideológica e institucional que conlleva una forma de estructuración estatal que posibilita una nueva etapa en el desarrollo del imperialismo, cuyo propósito ahora es desenvolverse en medio de una guerra permanente.

Apoyándose en ello, Atilio Borón corrobora que la legitimidad política en los Estados Unidos ha sido removida, en consonancia con la agitación operada en el sistema internacional, al resquebrajarse la hegemonía. Junto al deterioro de la imagen pública de los líderes políticos, se aprecia una creciente desmotivación ciudadana ante su participación en los procesos electorarios, unida al empobrecimiento general de la vida política de la nación y a la pérdida de adhesión partidista.

Lo que ocurre es una especie de pauta que ha tendido a reproducirse dentro del largo decursar histórico estadounidense, cuya trayectoria política y cultural no ha sido lineal. Se conjugan, de manera

zigzagueante, valores progresivos y regresivos, avances y retrocesos, luces y sombras. Ese ha sido el caso, justamente, del lugar y el papel de las tendencias conservadoras en general —y de extrema derecha en particular—, visibles o sumergidas. Esa cultura política proyecta su silueta sobre las concepciones de seguridad nacional —tradicionales o novedosas— como las manipuladas al calor del 11 de septiembre.¹⁸

Ellas desbordan el marco estrecho de la ideología política imperialista (entendida como representación teórica clasista de intereses de la oligarquía financiera y grupos de poder hegemónicos) y su expresión al nivel de la conciencia de clase. Se extienden o ramifican como parte de la cultura política, como resultado de un mecanismo psico-sociológico. Ello se expresa con frecuencia, de manera inconsciente, en amplios sectores de la sociedad norteamericana de la mayor diversidad clasista. Esto es lógico, toda vez que la burguesía monopolista ejerce su poder más allá de las relaciones económicas, estableciendo su hegemonía a través de la efectiva maquinaria educacional y mediática, y expandiendo el núcleo de su ideología hasta los más diversos e intrincados rincones de la cultura. Los Estados Unidos hicieron su entrada al siglo XXI en medio de una gran división, en la que se advertían polarizaciones de todo tipo, cobijadas dentro de una estructura socioeconómica que favorecía, cada vez más, en proporciones crecientes e inimaginables, las concentraciones de la riqueza en pocas manos, y la pobreza en sectores cada vez más numerosos. En términos de economía política, los niveles alcanzados por la envergadura de la explotación y la marginalidad, se mezclaban con otras diferenciaciones, asociadas a procesos demográficos y étnico-raciales que acrecentaban el carácter multicultural de la sociedad norteamericana, en virtud, sobre todo, de cuestiones como el incremento de la inmigración, acompañado de la dinamización del racismo, la xenofobia y otras expresiones retrógradas de intolerancia nativista. Desde el punto de vista político-ideológico, la acentuación de una visión de consenso con respecto a determinados temas entre los sectores dominantes, palpable muchas veces en la escasa discrepancia entre enfoques ideológicos (conservadores y liberales) o partidistas (demócratas o republicanos), no niega que, sin embargo, en relación con otros asuntos la divergencia se profundice. Esa tendencia a la creciente división interna de la sociedad norteamericana en el ámbito, social, cultural y electoral, podría decirse (siguiendo la hipótesis que se ha venido argumentando) que dibuja una suerte de patrón, que se inició antes de Ronald Reagan y que se ha agudizado en los años transcurridos en el siglo XXI. El resultado, es lo que algunos especialistas han llamado «las dos Américas», «los dos Estados Unidos»,

o las dos sociedades distintas (tal vez complementarias): una liberal, cosmopolita, favorecedora de posiciones no intervencionistas; y otra conservadora en lo social y en lo político, que desea tener una importante presencia militar a nivel internacional. Estas «dos Américas», se polarizan en un espectro que, por una parte, comprende una visión puritana, moralista, afincada en la tradición, apegada a los valores fundacionales de la nación, que idealiza la familia, glorifica el pasado y cuestiona la modernidad; y por otra, expresa también una postura laica, con un sentido innovador, favorecedor del cambio, abierto a las transformaciones de una nueva época; que acepta que la identidad nacional se construye sobre valores negados a diario por una práctica política, que no rechaza los riesgos que para la familia y la moral tienen fenómenos como el de la drogadicción, la pornografía y el alcoholismo.

La concepción y denominación en torno a «las dos Américas» puede tener una conveniencia relativa o hasta dudosa; pero lo cierto es que cuando se mira a los Estados Unidos desde el siglo XXI, la situación actual (¿y la futura?), recrea dicotomías semejantes a las que en otra época se manifestaban en la coexistencia de antinomias, basadas en diferencias entre regiones geográficas (las «dos repúblicas») o entre visiones ideológicas (el paradigma democrático amplificado por la propaganda liberal y la cultura política real). ¿Hasta donde se repite un carácter cíclico, cómo se articula la continuidad con la ruptura? La realidad norteamericana ha sido profundamente transformada. De lo que se trata es de interpretarla.

Notas

1. Marco A. Gandasegui (hijo), «Obama, crisis y América Latina», *América Latina en Movimiento*, a. XXXII, n. 438-439, Quito, 26 de noviembre de 2008, pp. 44-5.

2. Pedro Pablo Rodríguez, «La dialéctica del conocimiento», *El Caimán Barbudo*, n. 4, La Habana, 1991, p. 16.

3. Se asume aquí la cultura política, en síntesis, como fenómeno que abarca un conjunto de orientaciones, pautas y valores (relativamente estables), que caracterizan las relaciones entre los diversos grupos sociales con respecto al poder político, y que condicionan la experiencia del desarrollo político de la sociedad. En ella se expresan, entre otras cosas, los intereses nacionales, el discurso en torno a la seguridad nacional, las actitudes de la población hacia el liderazgo del país, los soportes doctrinales o argumentos que alimentan la política interna y exterior. De ahí la centralidad que la ideología adquiere en la cultura política, en tanto reflejo de las relaciones de clase y de poder, pero sin desconocer la importancia que en ella tienen los componentes psicosociales.

4. Se trata de sus conocidas obras, *La elite del poder*, publicada por el Fondo de Cultura Económico, en México, en numerosas ocasiones, y de *La imaginación sociológica*, publicada en Cuba por Edición Revolucionaria, en 1969.

5. Peter Worsley, *El tercer mundo, una nueva fuerza vital en los asuntos internacionales*, Siglo XXI, México, DF, 1978, p. 11.

6. Es el caso de Eric Hobsbawm, *El siglo XX*, y de Paul Kennedy, *Auge y caída de las grandes potencias*, ambos publicados por diversas casas editoriales, en diferentes ediciones. Otros autores, como Giovanni Arrighi, en *El largo siglo XX*, se sumaban a la polémica, acogiéndose a la interpretación de Fernand Braudel, de que la característica esencial del capitalismo histórico en su larga duración, estaba dada más por su flexibilidad y eclecticismo que por sus formas e expresión concreta.

7. Véase Arthur M. Schlesinger, Jr., *Los ciclos de la historia americana*, Editorial REI, Buenos Aires, 1990.

8. Las principales obras en ese contexto fueron *El fin de la historia*, de Francis Fukuyama, *El choque de civilizaciones*, de Samuel Huntington, y *La utopía desarmada*, de Jorge Castañeda. Autores como Ignacio Ramonet designan ese dinamismo ideológico como la emergencia del llamado «pensamiento único».

9. Ello tenía lugar a través de un contrapunto teórico e ideológico, donde, por ejemplo, Nye y Keohane expresaban la orientación neoliberal en los estudios internacionales, y Wallerstein una perspectiva marxista.

10. Véase Atilio Borón, *Imperio & Imperialismo (Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri)*, CLACSO, Buenos Aires, 2004.

11. Véase Jorge Hernández Martínez, «Estados Unidos: Hegemonía y cultura política», en Marco A. Gandasegui (hijo), *Crisis de hegemonía de Estados Unidos*, Siglo XXI Editores /Libros CLACSO, México, DF, 2007.

12. Desde el punto de vista del análisis histórico y estructural, se comparte aquí el criterio de Luis Fernando Ayerbe en su libro *Los Estados Unidos y la América Latina. La construcción de la hegemonía* (Premio Casa de las Américas, Ensayo histórico-social), Casa de las Américas (Cuba)-Ministerio de Cultura (Colombia), 2001.

13. La argumentación se desarrolla en un trabajo anterior del autor. Véase Jorge Hernández Martínez, «La cultura política norteamericana de la Guerra fría: lo que el viento no se llevó», *Cuadernos de Nuestra América*, n. 35-36, La Habana, enero-diciembre de 2006.

14. Véase Louis Hartz, *La tradición liberal en los Estados Unidos*, Fondo de Cultura Económico, México, DF, 1991.

15. Una interesante revisión de la literatura se encuentra en Marco A. Gandasegui (hijo), «Crisis de hegemonía de Estados Unidos en el siglo XX», *Tareas*, n. 120, Panamá, mayo-agosto de 2005; y *Crisis de hegemonía...*, ob. cit.

16. Véase Bertram Gross, *Friendly Fascism. The New Face of Power in America*, South End Press, Cambridge, 1980.

17. Gore Vidal, *Perpetual War for Perpetual Peace*, Thunder's Mouth Press-Nation Books, Nueva York, 2002.

18. Véase Jorge Hernández Martínez, «Intolerancia y cultura política de la violencia en los Estados Unidos», *Cuadernos de Nuestra América*, n. 32, La Habana, 2005.